

Domingo 28 diciembre 2008
El Evangelio de Hoy

Lc 2,22-40

La familia, esencial al misterio de Cristo

El domingo sucesivo a la Navidad, la Iglesia lo dedica a la celebración de la Sagrada Familia, es decir, a la contemplación de la familia formada por los esposos José y María y su hijo Jesús. Nos preguntamos: ¿Cuál es el misterio que celebramos? La Iglesia considera que todo lo que pertenece esencialmente al Hijo de Dios hecho hombre es objeto de culto y merece una celebración litúrgica particular: su Encarnación, su Nacimiento, su Bautismo en el Jordán, su Transfiguración, su Muerte en la cruz, su Resurrección y su Ascensión al cielo. Con la solemnidad que celebramos este domingo la Iglesia nos enseña que a esa lista debemos agregar la familia, pues la familia pertenece esencialmente al misterio del Hijo de Dios hecho hombre. Un dato esencial del misterio de Cristo es que él vino al mundo en el seno de una familia. La familia fue una institución necesaria para que Dios pudiera hacerse verdadero hombre y desarrollarse hasta su plenitud como hombre. Esto es lo que contemplamos hoy.

Cuando hablamos de familia debemos tener en mente la familia de José, María y Jesús. Este es el arquetipo de toda verdadera familia. Un grupo humano responde al concepto de familia cuando realiza ese modelo. Una familia es, entonces, una comunidad de vida y amor fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer.

El Evangelio de hoy nos presenta escenas de la Sagrada Familia que son una lección para nuestras familias de hoy. Lo que más llama la atención es su fiel observancia de la Ley de Dios y el gozo con que realizan todo lo que esa Ley manda. En efecto, el relato de la presentación del Niño Jesús en el templo comienza con estas palabras: «Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: "Todo varón primogénito será consagrado al Señor", y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor». Es un rasgo insistente y llamativo. Todo el relato concluye destacando ese mismo rasgo: «Cuando hubieron cumplido todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret». Si hubiera que indicar una característica de la familia de Jesús habría que mencionar su constante preocupación por cumplir la voluntad de Dios. Ellos cumplen en la tierra la voluntad de Dios con la misma perfección con que la cumplen los ángeles en el cielo. En ellos se hace realidad la peti-

ción que hacemos en el Padre Nuestro: «Hagase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

A nadie se oculta que la institución de la familia está insidiada hoy por muchas fuerzas adversas que en gran medida han logrado destruirla. El más grave daño a la familia es la disolución del matrimonio. Y el resultado alarmante es que en nuestro país más de la mitad de los niños nacen fuera del matrimonio. Respecto al nacimiento de esos niños no hacemos en la tierra la voluntad de Dios como se hace en el cielo, pues es voluntad de Dios que todo niño nazca a este mundo en el seno de una familia, como nació su Hijo Jesucristo.

Siendo la familia la célula fundamental de la sociedad, la crisis de la familia es la crisis de la sociedad. En la medida que nuestras familias se alejen del modelo de la familia de Nazareth, en esa medida la sociedad se aleja de Cristo. Pero entonces está destinada a pasar sin dejar rastro, según la clara afirmación de Cristo: «Separados de mí no pueden hacer nada» (Jn 15,5).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles